

De lo visto y oído, de eso hablo

I Speak of What I Have Seen and Heard

JOSÉ M^a MARTÍNEZ MANERO

LICENCIADO EN TEOLOGÍA BÍBLICA Y FILOLOGÍA INGLESA. DIPLOMADO EN TRADUCCIÓN.
JEFE DEL DEPARTAMENTO DE RELIGIÓN DEL IES SAN FERNANDO (CAM). PROFESOR DE
RELIGIÓN EN EL CIEM FEDERICO MORENO TORROBA (CAM). PROF. DE DOCTRINA SOCIAL
EN LA «ESCUELA JUAN XXIII» DE LAS HERMANDADES DEL TRABAJO (MADRID)

Resumen

Cine, literatura, santidad, pensamiento... se confabulan en la búsqueda de la verdad, aliados con la belleza, que se insinúan al ser humano como bien a perseguir. San Agustín de Hipona en sus Confesiones, Cervantes con su Quijote, y el poderoso pensamiento de Santo Tomás de Aquino estrellado contra la contemplación mística, catapultado por ella, son claros exponentes de lo que parece perseguir el ser humano, antes incluso del primer albor de humanidad, para serlo. Los rasgos trascendentales del ser podemos rastrearlos en el cine, campo minado de semillas del Verbo, que el rezo de las Horas canta, pues no en vano es proyección de alegrías y tristezas, gozos y esperanzas, de los hijos de los hombres. Una película que, a su vez, rodamos cada uno como protagonistas dentro de esa filogénesis que recorre la historia de esfuerzos de humanización, con nombres propios: María, Gregorio, P. Claret, Domingo de Guzmán... Granos de un granero que Alguien ha contemplado para que puedan llegar a ser. De eso hablamos. De eso habla la clase de Religión.

Palabras clave: trascendentales del ser, cine, literatura, contemplación, transmisión, clase de Religión.

Abstract

Films, literature, saintliness, thinking... along with beauty strive for truth and are hinted at human beings as a good to pursue. Saint Augustine of Hippo's *Confessions*, Cervantes' *Don Quixote* and Saint Thomas Aquinas' powerful thought puzzled by mystical contemplation and driven by it, are all clear examples of what human beings seem to be looking for from the dawn of humanity. The distinctive features of human beings can be traced in films, a field full of seeds from the Word—as it is sang in the Liturgy of the Hours—the children of men's joys, sorrows, delights and hopes are projected. We all shoot a film as main actors within the phylogenesis of humanity effortlessly trying to humanise the world. An attempt in which there are some outstanding figures like the Virgin Mary, Gregory the Great, Anthony Mary Claret or Dominic of Guzman. They are all grains from a barn that Somebody has sketched, so that they may become part of it. We're talking about this and the subject of Catholic religion speaks about this too.

Keywords: transcendentals, films, literature, contemplation, transmission, subject of Catholic religion.

1. INTRODUCCIÓN

Son ya casi cinco décadas hablando, como profesor, y no sé si a estas alturas no tendría uno también que decir con Agustín, el de Hipona, entre lágrimas que limpian la mirada, y la lágrima furtiva que rueda serena por la mejilla de Ambrosio de Milán:

- Padre.
- Hijo.
- Siempre he hablado... demasiado. Hoy, por primera vez, he escuchado. Le escuché a Él. Tardíamente amé a Dios, a la belleza tan anciana y tan nueva. Tardíamente le amé. Me habló alto y me forzó a abandonar mi sordera. Dios brilló y dispó mi ceguera. Exhaló fragancias y creció en mi corazón. Y ahora me arrodillo ante Ti. Lo supe. Tuve hambre y sed. Dios me tocó y me trajo la paz.

Así lo narra, con arte, la película *San Agustín* de Christian Duguay (2010).

Hay momentos en los que las propias palabras, incluso las transformadas en hechos palpables, generan la sensación de que tras toda una larga noche de duro bregar en la escuela, nada. Por abundantes que sean esos hechos, o precisamente cuanto más abundantes son, no hacen sino empujarte hacia otra cosa. Como si la nada escondiera ansias de algo más. Quizá para dar la razón al salmo que canta la inutilidad de madrugar, en contra del conocido dicho. Y la inutilidad de velar hasta muy tarde, pues Dios puebla la nada de sus amigos mientras duermen.

Así lo atestigua *Don Quijote* que, tras el profundo sueño de más de seis horas, entona con gran voz alabanzas a las misericordias de Dios, que deja asombrada a Antonia Quijana, su sobrina, al ver que su tío habla con más cordura de la acostumbrada.

- ¡Bendito sea el Dios poderoso, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.
- Qué es lo que dice vuestra merced, Señor? ¿Qué misericordias son estas, o qué pecados de los hombres?

- Las misericordias, sobrina, son las que Dios ha usado conmigo en este instante, a pesar de mis pecados. Yo tengo ya el juicio libre y claro, sin las sombras tenebrosas de la ignorancia, que me había puesto mi continua lectura de los detestables libros de caballerías.

Y hace llamar a sus buenos amigos, el cura, el bachiller Sansón Carrasco y el barbero, porque necesita contar lo que ha visto y oído.

- Felicítadme, buenos señores, pues ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, que, por sus costumbres, mereció el título de Bueno. Ya, por la misericordia de Dios, escarmentando en mi propia cabeza, abomino de todas las odiosas historias de la caballería andante.

Y tras hacer salir a todos para confesarse con el cura, dicta su testamento, en el que la justicia social que brota de esa misericordia contemplada en el profundo sueño toma cuerpo, experimentándose a sí mismo como un sueño de Dios. Como si nuestra primera existencia tuviera su consistencia –incluso antes de existir, vale aquí la paradoja– en ser una contemplación de Dios. La vida es sueño dicen los grandes de la literatura.

No es que Don Quijote sea la *rara avis*, la excepción, o la ensoñación sobre la que se puede construir un mundo de novela. Miguel de Cervantes no escribe como mente calenturienta. Habla de su vida, no de la realidad virtual que simbolizan los caballeros andantes. Sabía lo que era experimentar en su propia carne la misericordia del Dios Trinidad en el cautiverio. Profesó además y vistió el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, el que contemplaba a Dios en lo más terreno de sus criaturas y estalló en canto: *Laudato sii*.

Y por terminar por donde he empezado. ¿Qué vio y oyó Santo Tomás de Aquino hacia el final de su vida para quedarse sin palabra, él, una mente y voz tan poderosas? Él, un maestro de maestros de Universidad, espantados de que considerara paja lo hasta entonces escrito. Seguramente contempló la Palabra de una forma tan inefable que esta imposibilidad de hablar se convierte en el gran mugido del *buey mudo*. Vio y oyó de forma muy nueva lo que, con una inteligencia que maravilla, había pedido antes como recompensa.

- ¿Qué quieres, Tomás, por haber escrito tan bien de mí?
- Solo a Vos, Señor.

Buen mercader de perlas, sabía dónde estaba la perla preciosa por la que merecía la pena vender todo: Jesucristo, nuestra Pascua, eterna novedad. *Todo lo hago nuevo*. Las palabras son el dedo que apunta a la Palabra, el Pez (ΙΧΘΥΣ) que resulta ser pescador de hombres.

2. TODA LA VIDA ES UNA VUELTA A CASA

Así arranca la historia real del médico *Patch Adams*, tal como narra la película homónima dirigida por Tom Shadyak (1998), y protagonizada por Robin Williams.

Toda la vida es una vuelta a casa. Todos nosotros, todos los corazones inquietos del mundo, todos, intentamos hallar el camino de regreso al hogar... El hogar. El diccionario lo define como el lugar de origen, o también como la meta o el destino.

Como si también él quisiera hacerse eco de la confesión de San Agustín: *Fecisti nos, Domine, ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* (*Confession. 1,1*). La buena filosofía ya nos enseña que el fin está en el principio. El origen empuja hacia el destino porque lo posee en semilla que pide desarrollo, y la espiga nos remite al grano que guardaba esa maravilla. *Al ir iba llorando, llevando la semilla. Al volver, vuelve cantando trayendo sus gavillas*. Y en el proceso, la oscuridad de la tierra que somos, inviernos, primaveras, tormentas...

Resulta difícil describir cómo me sentía en aquel momento. Imaginen que caminan durante días en medio de una terrible tormenta de nieve, sin saberlo están dando vueltas en círculos, sus pies se hunden cada vez más en la nieve, los gritos de auxilio se pierden a través del viento, te sientes pequeño sabiendo que el hogar está muy lejos. Y la tormenta, la tormenta se hallaba en mi mente.

Como argumento de autoridad Patch cita al poeta. No a cualquiera. Dante: «En la mitad del camino de mi vida me encontraba en una selva oscura, y había perdido la senda que seguía».

Hunter Adams (Patch), un hombre con cinco hijos, ingresa voluntariamente en el pabellón psiquiátrico del Hospital Fairfax, en 1969. Allí descubre, ayudando a sus ahora compañeros enfermos mentales, entre el humor y las risas, un propósito en la vida. Por eso dice: «Al final, volvería a encontrar el buen camino, aunque en el lugar más inesperado».

En las periferias de la vida, en lenguaje al uso. Lo que desechan los arquitectos será su piedra angular. Estudiará medicina con la intención de humanizarla. Así lo intenta con los pacientes que nadie atiende, compañeros de estudio, enfermeras... Sus excelentes notas le permiten ciertas *frivolidades* en ese camino de humanización que a juicio de la autoridad académica y hospitalaria ensucian la seriedad y dignidad de la bata blanca. Su proyecto de humanizar por el humor y el amor compasivo se verá pronto obligado a asomarse al abismo, y sondear hasta dónde llega realmente la profundidad de sus raíces.

A Carin, una compañera de estudios, no le hacen mucha gracia las payasadas de Hunter. A ella le ha costado mucho llegar hasta ahí como para no tomarse las cosas en serio. Pero tiene que rendirse ante los resultados académicos de Patch. No es exactamente el payaso que ella pensaba. Al fin, se suma a su proyecto de humanización de la medicina. Pero Carin cae víctima del experimento. Muere asesinada por un paciente. Patch se culpabiliza de su muerte y entra en profunda crisis su idea de la bondad humana. Tentado de suicidio, se coloca al borde mismo de un enorme precipicio, pero antes se encara con Dios:

¿Y ahora qué, eh? ¿Qué quieres de mí? Sí, podría hacerlo (tirarse por el precipicio). Ambos sabemos que no me detendrías. Así que contéstame, por favor. Dime, ¿qué estás haciendo?

De acuerdo, analicemos la lógica. Tú creas al hombre. El hombre padece innumerables formas de sufrimiento. El hombre muere. Tal vez debiste tener unas cuantas sesiones más intercambiando ideas antes de la Creación. El séptimo día descansaste. Quizá deberías de haber dedicado ese día a la compasión. ¿Sabes una cosa? No merece la pena [tirarse por el precipicio].

Es su personal «¿por qué me has abandonado?» Y, naturalmente, Dios responde a su oración-llamada. Le envía una mariposa. Está posada en su

maletín, donde ha archivado todos los instrumentos que su ingenio había diseñado para conjurar la muerte con sonrisas. Dios se suma a tu tarea, para hacerla realmente buena, siendo la fuerza de su debilidad justo en el momento en que él ya no puede más. Y se hará bueno lo que canta alegre el himno de las *Horas* a la mañana de Pascua, que es paso:

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria
acude a su trabajo, madruga a sus dolores;
le confías la tierra, y a la tarde la encuentras
rica de pan y amarga de sudores.

Y tú te regocijas, oh Dios, y tú prolongas
en sus pequeñas manos tus manos poderosas.
Y estáis de cuerpo entero los dos así creando,
los dos así velando por las cosas.

El que había iniciado la obra buena con Patch quiere llevarla a término: «Y tú te regocijas, oh Dios, y tú prolongas en sus pequeñas manos tus manos poderosas». Porque pasar de oruga torpe y peluda a grácil mariposa de colores exige *morir* a lo viejo, y eso no está en nuestras manos. Aquí se estrellan pelagianismos y semipelagianismos. Patch comprende enseguida el símbolo de la mariposa, posada ahora sobre su pecho. Dios viene a dinamizar con Patch la obra iniciada una noche para elevarla a metamorfosis. Recuerda la confidencia de aquella noche en que empezaba a alborear la pascua de Carin. La noche en que también conoce a Larry, el que será su asesino. La pasión de Larry es la lectura. Su autor favorito, Kazantzakis:

- El mundo es un lío. Un hombre necesita algo de locura o si no...—inicia Patch.
- ... no sabrá cortar la cuerda para ser libre —completa la cita Larry.

Carin, testigo de la escena, concluye:

- Es un poco raro —por Larry.
- Yo soy el raro —dice Patch. —Si no le mostramos un poco de compasión nosotros, ¿quién lo hará?

Tras una carantoña de Patch a Carin, se prepara la escena con mimo. En medio de la noche, a lo lejos, el hospital de campaña levantado por Patch y

sus amigos, casa de misericordia, iluminado por dentro. Ahora, en primer plano, Carin enciende dos antorchas, una a cada lado, mientras sale Patch a sentarse en las escaleras de acceso.

- Hola.
- Hola.
- ¿Están todos durmiendo? –pregunta Carin.
- Sí. Yo incluido. (Un silencio) ¿Estás bien?
- Sí. Dios, Patch, es increíble.
- ¿El qué?
- Bueno, todo lo que has hecho en este lugar.
- Tú también.
- No. (Le coge de la mano a Patch). Esas personas a las que ayudamos no hubieran tenido dónde ir. Eres un buen hombre. (Patch va a besarla, pero ella le ofrece solo su cara).
- ¿Qué somos? ¿Es por mí, Carin? (Niega ella con la cabeza, casi en el sollozo). Verás, ¿somos solo... buenos amigos que se besan ocasionalmente?
- Patch... durante toda mi vida los hombres han sentido atracción por mí [entre lágrimas]. Durante toda mi vida. [Silencio]. Cuando era niña miraba a las orugas por la ventana de mi habitación. Te aseguro que las envidiaba. No me importaba lo que hubieran sido antes. Solo sabía que ellas podían ocultarse y se convertirían en bellas criaturas que se alejarían volando completamente. Y entonces... no sabes cuánto he llegado a odiar a los hombres. No quería saber nada de ellos. [Silencio]. Y entonces te conocí. Tu forma de ayudar a la gente, Patch. Los cambios que veo en todos los que te rodean. [Se miran llorosos... y se besan y abrazan]. Te quiero. Te quiero desde hace mucho tiempo.

La secuencia se cierra con una foto que resume, a la vez que proyecta, lo que hemos vivido. Los dos de espaldas abrazados, iluminados por la luz que sale del hospital de campaña (la bondad hecha obra), flanqueados por las dos antorchas delante que ha encendido Carin poco antes, la primavera en la pradera donde se asienta el hospital, el monte cercano

poblado de árboles y las lejanas montañas al fondo. Tras el fundido, se abre el día a través de un ventanal dominado por una enorme y colorida mariposa.

Para decirle el amor a Carin, Patch pide prestados los versos al poeta, artesanos del decir lo máximo con lo mínimo. Pero sus intentos se ven constantemente interrumpidos. Hasta que llega la ocasión.

Te dije que lo acabaría en otro momento:

Te amo sin saber cómo, ni cuándo, ni de dónde,
te amo directamente sin problemas ni orgullo:
así te amo porque no sé amar de otra manera,
...
tan cerca que tu mano sobre mi pecho es mi mano,
tan cerca que se cierran tus ojos con mi sueño.

Versos que, por fin, puede leerle a Carin, a solas, yerta en su ataúd, al borde de la sepultura antes de ser enterrada. El paso por la experiencia de la muerte, «ya me arrancaste, Señor, lo que yo más quería» (A. Machado)-preparará sin embargo a Patch para comprender la verdadera hondura de los versos que toma prestados de uno de los *Cien sonetos de amor* de Pablo Neruda.

La mariposa ahora sobre su pecho es certeza de que el amor primero –que cantan los profetas– no es ilusión fugaz condenado finalmente al abismo. Ese amor, pasado por Jerusalén, ha vacunado a Patch contra todo mal y desaliento. Ahora se puede entender la desconcertante frase del *convenía que el Cristo padeciera*. Es metamorfosis, la radical transformación del gusano en *bella criatura que se alejaría volando completamente*. Es resurrección. *La noche es tiempo de salvación*, canta también el poeta de las Horas:

La noche no interrumpe tu historia con el hombre.
De noche descendía tu escala misteriosa
hasta la misma piedra donde Jacob dormía.
De noche celebrabas la Pascua con tu pueblo.
Abrahán contaba tribus de estrellas cada noche;
de noche prolongabas la voz de la promesa.
De noche eran los sueños tu lengua más profunda.
De noche, en un pesebre, nacía tu Palabra;

de noche lo anunciaron el ángel y la estrella.
La noche fue testigo de Cristo en el sepulcro;
la noche vio la gloria de su resurrección.
De noche esperaremos tu vuelta repentina.
La noche es tiempo de salvación.

Patch ha quedado transformado en este himno, después de descender a los infiernos de las muertes inocentes. Es capaz de descender ahora, con energía renovada, invulnerable, por la escala de la confianza hasta adentrarse en el misterio de la anciana que se niega a comer, y poblar de estrellas su noche leyendo y cumpliendo su sueño de niña. Y acabará sacando una alabanza de los niños con cáncer, de los que ha arrancado tanta sonrisa, la mejor defensa frente a sus enemigos, cual nuevos ángeles que anuncian que sigue naciendo la Palabra. Haciendo buena la Escritura.

Uno de los jefes le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?».

Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios».

«Eres un buen hombre», le dijo Carin a Patch, y sanaron los abusos infantiles padecidos, y su odio profundo a los hombres. «El amor perfecto expulsa el miedo», dice san Juan en su primera Carta.

«Ya, por la misericordia de Dios... no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, que, por sus costumbres, mereció el título de Bueno». Y se desvanecen las veleidades virtuales, la locura, para seguir transformando, con las buenas costumbres, la tierra en cielo.

En la película *Molokai, la isla maldita* de Luis Lucia (1959), el capitán de la goleta que lleva al Padre Damián a la isla estercolero para leprosos del archipiélago de Hawai, no puede por menos que escandalizarse al ver el camino de Jerusalén que emprende con decisión y alegría. Damián lo emprende empujado por la locura de la Cruz que lleva en su hábito de misionero de los Sagrados Corazones, y al capitán se le antoja un suicidio, una muerte en vida. Con el paso de los años, atento a esa misión, acaba comprendiendo: «Fui sabiendo de él y de su obra. Llegué a pensar que estaba loco. Más tarde comprendí que su locura, si no era la verdad, por lo menos era el bien. Y el bien siempre es una verdad». Y se une

voluntario a su obra. Damián veía en los leprosos de Molokai la belleza interior –*tan antigua y tan nueva*– lo invisible a los ojos, el «esplendor de la forma» que revela la verdad de las cosas en su plenitud. La imagen de Dios que son esos hermanos leprosos. La gracia no destruye la naturaleza, la recupera de raíz. La creación es la palabra primera de Dios, de un corazón volcado sobre la máxima miseria, la nada. Que se nos hace insoportable tras la caída. Patch intenta suicidarse. Pero es rescatado, sinónimo de redimido. Por eso canta el Pregón pascual: «¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?» Y una vez más el atrevimiento de san Agustín: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!».

Los rasgos trascendentales del ser: *verum, bonum, pulchrum* se hermanan en el *unum*. Tres rasgos de la misma realidad inseparable. Lo diabólico, como la propia palabra indica, consiste en separarlos con engaño. Los creó, *y vio Dios que era muy bueno, o muy bello*, que eso también significa el *tob* hebreo de Génesis 1. Carin maldice su belleza hasta ser rescatada por alguien de quien puede decir: *Patch, eres un buen hombre*. Nada extraño, pues que, en el lenguaje de la calle, ser buena gente sea piropo, sinónimo de una bella persona.

3. CONTEMPLATA ALIIS TRADERE

Una pregunta recurrente de los alumnos de Secundaria, Bachillerato, compañeros profesores, profesores alumnos de cursos que imparto, y otro tipo de alumnos adultos también, e incluso amigos, es cómo puedo ver todas esas cosas que ellos normalmente no ven. A veces, por generar algo de intriga, les respondo con esa frase latina, *contemplata aliis tradere*, tan densa en la historia de la cultura.

La capacidad de contemplar es fruto del ver, de mirar con atención, de examinar con devoción, una cadena que empieza muchas veces por la curiosidad natural y puede convertirse en verdaderas ganas de saber. Al ser humano, desde antes de Altamira, el menhir, el dolmen y la pirámide, le brotan espontáneas preguntas radicales acerca de sí mismo y del mundo en el que vive. Se formulan solas, sin nuestro permiso. Lo que está en nuestras manos es el tipo de atención que les prestamos y, por

tanto, el tipo de respuesta que descubrimos. Pero las preguntas siguen impertérritas sea cual sea la respuesta que damos. Y, como es lógico, hay respuestas y respuestas. Las hay que no responden, que es una forma de responder, y las hay de largo recorrido, según registra la historia de la cultura humana.

En mi caso, me hallé introducido en esta historia cultural en un pueblo burgalés, Cerezo de Río Tirón, a la vera del Camino, el de Santiago, en un trecho que seguía la vía romana de Milán a Astorga. Se conserva algún tramo, y dos puentes romanos. Luego, gracias a la persona de Santo Domingo, el de la Calzada, naturalmente, cambió el trazado para aliviar el kilometraje del peregrino, que podía seguir directo a Burgos desde Santo Domingo de la Calzada (población), obviando Briviesca, y Cerezo quedó más a la vera.

Pero el Camino lo trazan y pavimentan fundamentalmente personas. En mi caso, entre muchas, la acción decisiva de una madre que empuja con suavidad, a la vez que convicción, a las tareas de monaguillo. Entonces no eres consciente de la zambullida de contemplación cultural en la que estás entrando. Todavía eran tiempos de liturgia en latines, que el niño aprendía de memoria sin saber lo que decía, por supuesto, pero con tanta trascendencia posterior para transmitir en la escuela lo contemplado.

Y está Gregorio. Gregorio era un misionero del Corazón de María, más conocidos hoy como Claretianos. Tenían una especial presencia en Santo Domingo de la Calzada, sede de estudios de Filosofía y Teología. Gregorio era del pueblo, cerezano. Y cuando venía algún día de vacaciones en verano, siempre pocos, para este monaguillo tenía un aire especial, distinto, que yo no sabía describir pero que percibía con toda nitidez. Era su porte, su forma de tratarte mientras se revestía en la sacristía, su forma de decir la misa... Lo cierto es que al cumplir los doce, más o menos, los niños de los pueblos no tenían más opciones de seguir en la escuela que *irse a los frailes*, como se decía. Así que, a los doce, la elección mía estaba clara, a pesar de ser el único del pueblo en ir a Beire, un pueblecito de la ribera de Navarra. Cuando ibas con otros del pueblo parece que el desarraigo se hacía más llevadero. Gregorio acaba de morir prácticamente al mismo tiempo de escribir esto, este veinte de mayo de dos mil veinte. Ahora sé mejor por qué percibía yo aquel aire.

En Beire supe que existía un san Antonio María Claret. Con él, en las personas que siguen con tesón admirable su obra –«Hoy comenzamos una gran obra», dijo al fundar la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María en 1849– empecé a multiplicar exponencialmente, sin saberlo, las posibilidades de contemplación adquiridas en el pueblo. Culminaron en la Teología Bíblica, Filología Inglesa, y Traducción diplomada, que permiten ampliar el panorama de la contemplación.

Entrar en el ámbito claretiano era entrar con decisión de forma más consciente en el universo mundo de la cultura, entre otras cosas. Claret lo cultivó con dedicación y esmero, siempre. Y dejó impronta en sus misioneros. Los dos pies del misionero son, según él, la oración y la ciencia. De todo le gustaba aprender. Él de joven tenía una más que prometedor carrera en la industria textil, pero optó por el sacerdocio. Compañero de Balmes, el sacerdote filósofo. La Biblia era su fuente, y como Biblia hecha historia viva, las vidas de los santos. En su *Autobiografía* lo deja bien reflejado. Las biografías hablan de un contemplativo en la acción.

Para el tema que nos ocupa, quiero resaltar que el primero de la larga lista de santos que cita en su *Autobiografía* como sus modelos figura santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, dominicos. Nada extraño en quien se ve urgido por la caridad de Cristo a predicar misiones populares ante la falta de misioneros por la supresión de las Órdenes religiosas. Los límites de la parroquia se le quedaban estrechos para sus afanes de apóstol, le hace saber a su obispo al ponerse a su disposición. También escuchó la llamada a convertirse en el Domingo de Guzmán de los tiempos modernos, dado su afán en propagar la devoción al rosario, que había aprendido y cultivado desde niño.

Si mucho le movían el ejemplo de los santos, *me movía más aún el ejemplo de las santas*, escribe en el capítulo XIII, de la Parte Segunda, de su *Autobiografía*. Al hablar de los ejemplos y estímulos que ha copiado de las biografías de algunas santas, nada extraño que la primera que figure sea Santa Catalina de Siena, de la Tercera Orden de Santo Domingo, Doctora de la Iglesia, porque «tenía singular devoción y amor a aquellos santos que en esta vida se emplearon y trabajaron más en la conversión de las almas».

Y la segunda, Santa Rosa de Lima, también de la Tercera Orden de Santo Domingo. Recoge de una biografía de la santa: «Persuadía a todos los frailes de Santo Domingo que se empleasen en este ministerio apostólico». A uno que se perdía en florituras en los sermones le reconvinó:

Padre mío, mire que Dios le ha hecho su predicador para que le convierta las almas... no para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad, y acuérdesese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio.

Es decir, que no fuera un fray Gerundio de Campazas. El P. Claret se guiará en su ministerio apostólico por lo más urgente, oportuno y eficaz.

Es conocido el dicho: «Santo Domingo siempre hablaba con Dios o de Dios». Hablar con Dios es entrar en el ámbito de la contemplación de quien nos invita a aprender de él, que es *manso y humilde de corazón*. El fruto natural de hablar con Dios es la *humili cordis intelligentia*, la inteligencia humilde del corazón con la que Santo Domingo comprendía todo, dice Juan de Sajonia. Es el corazón de carne, arrancado el de piedra, que ya anunciaban los profetas. El templado en esa fragua no puede sino hablar de Dios con la boca y con las manos *a los corazones desgarrados*. Así lo proclama Jesús en la sinagoga de Nazaret cuando anuncia su propia misión: «El Espíritu del Señor está sobre mí, y él me ha enviado...». Enviado del Padre.

El dominico Santo Tomás de Aquino, a quien citamos al principio, lo formulará con su maestría habitual: «De la plenitud de la contemplación procede... la doctrina y la predicación». De ahí la máxima dominicana *Contemplata aliis tradere*: entregar a los demás lo contemplado.

Pero es doctrina más antigua. San Gregorio Magno, s. VI-VII, comentando el libro de Ezequiel, dice que en los predicadores santos es una forma de vida, contemplación y predicación se llaman permanentemente:

Los santos predicadores, después de realizar su ministerio pastoral, vuelven siempre al seno de la contemplación para reanimar allí la llama del fervor y encenderse con el fuego de la luz divina... Lo que hablan en público, lo beben en la fuente de amor dentro de su corazón. Aprenden contemplando lo que enseñan predicando.

Y la carta encíclica *Redemptoris Missio*, nº 91, del papa Juan Pablo II, nos revela la fuente de donde beben todas las diversas formulaciones de la máxima:

El misionero ha de ser un «contemplativo en acción»... El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: «Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos». (1 Jn 1:1-3).

La primera Carta de Juan (1 Jn 1:1-3) es muy plástica en sus expresiones:

...lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos... pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos... Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Las dos partes, y la introducción, en las que está dividido el artículo están inextricablemente unidas. Se pueden distinguir, no separar. Incluso la distinción no siempre es fácil.

Uno de los rasgos característicos que convierten la enseñanza de la Religión en una aventura verdaderamente apasionante es su carácter liminal. Como asignatura sufre limitaciones porque busca lo ilimitado, el infinito. A los humanos los límites nos proporcionan sensación de seguridad. Muchos la consideran inútil, pero es la más decisiva. Acompaña al ser humano desde antes de ser humano y cuando parece que ya deja de serlo. Formas de religión que se combaten o desechan dan paso inmediatamente a otras nuevas. Cabe en todo y en nada.

Es una asignatura que, teniendo carácter propio, la encuentras con toda naturalidad en todas las demás. Lo interdisciplinar para ella es como el respirar. No es ninguna de ellas, pero con todas limita y comercia intensamente. La religión tampoco se puede expresar sin ellas.

Es un saber viejo, pero inquieta por su máxima novedad. Cuando la creemos presente, resulta ausente. Y cuando ausente, más presente. Dice el

místico poeta: «Entréme donde no supe:/ y quedéme no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo» (San Juan de la Cruz).

Religión es antídoto que vacuna contra el pánico a la intemperie, nos saca de la caverna para descubrir la realidad y situarnos en nuestro verdadero hábitat. Es marginal (y marginada) porque está en los márgenes, lugar del corazón, por lo menos del de Dios. Dichosos los pobres, los que lloran... Decididamente es asignatura de periferias, como decimos hoy.

CITA DE ESTE ARTÍCULO (APA, 6^a ED.):

Martínez Manero, J. M^a. (2020). De lo visto y oído, de eso hablo. *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, 43, 147-161.